MIGRACIÓN Y TRABAJO: ROSTROS QUE INSPIRAN EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Universidad de Concepción

MIGRACIONES CHILE

Comité para el Compromiso Migrante UdeC

MIGRACIÓN Y TRABAJO: ROSTROS QUE INSPIRAN EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

MIGRACIÓN Y TRABAJO: ROSTROS QUE INSPIRAN EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

"Migración y Trabajo: Rostros que Inspiran en la Universidad de Concepción" es un homenaje fotográfico y narrativo que celebra la valiosa contribución de las y los trabajadores migrantes en esta institución. A través de 13 relatos personales y poderosas imágenes del fotógrafo José Cid Baeza, la muestra pone rostro y voz a quienes, desde diversos roles y orígenes fortalecen día a día la Universidad y aportan al desarrollo cultural y productivo de Chile.

Este proyecto, impulsado por el Comité para el Compromiso Migrante UdeC 2025 y el Servicio Nacional de Migraciones, destaca la riqueza que significa la diversidad cultural en la comunidad universitaria. No se trata solo de estadísticas o cifras, sino de historias humanas de esfuerzo, adaptación y esperanza, que revelan cómo la migración, con sus desafíos y aprendizajes, teje un campus universitario más humano e inclusivo.

Las experiencias compartidas permiten explorar temáticas comunes como la búsqueda de nuevas oportunidades, la lucha por la integración social y laboral, la preservación de la identidad desde la diferencia cultural y el aporte concreto al conocimiento y la vida académica. A la vez, cada relato refleja singularidades propias que enriquecen el tejido migrante, desde el aprendizaje del idioma y los vínculos emocionales, hasta las dimensiones políticas y personales que atraviesan este proceso.

El trabajo fotográfico complementa la profundidad de estas narrativas capturando la dignidad, la fortaleza y la diversidad de los rostros que habitan la UdeC. Así, la exhibición de estas fotografías invita a mirar más allá de lo visible y a conectarse con el valor real de la migración en la universidad, en Chile y más allá.

"Migración y Trabajo: Rostros que Inspiran en la Universidad de Concepción" es una invitación a reconocer y valorar a quienes con su trabajo y compromiso construyen un presente y futuro diverso, plural y lleno de esperanza.

Universidad de Concepción

MIGRACIONES CHILE

CE
9
6
3
=

ANDREA SUÁREZ GÓMEZ

Andrea Suárez Gómez, una costarricense de 41 años, lleva ocho años viviendo en Concepción y desde marzo de 2024 se desempeña como docente de matemáticas en el Centro de Apoyo al Desarrollo del Estudiante (CADE) de la Universidad de Concepción. Su historia es la de una migrante que llegó a Chile con el anhelo de estudiar y construir una carrera académica, encontrando en esta ciudad un espacio para crecer personal y profesionalmente.

El motivo principal que la trajo desde Costa Rica fue una beca para realizar un magíster en una universidad donde además pudo desarrollarse laboralmente. Siempre alegre, Andrea llegó con las ganas de seguir aprendiendo y de adaptarse culturalmente al país y al lenguaje chileno.

"El idioma fue difícil porque hay diferencias en el uso del español y muchas palabras tienen otro sentido acá", explica. Además, la adaptación a otras costumbres -como el horario de la jornada y la comida- fue un choque biológico y cultural para ella. En Costa Rica, terminar la cena a las 6 de la tarde era normal, pero en Concepción, donde oscurece mucho más tarde, tuvo que modificar sus hábitos. A pesar de esas diferencias, Andrea conserva una parte muy “tica” de su esencia, como su inconfundible frase "pura vida," que despierta simpatía entre sus colegas.

Al llegar a la Universidad de Concepción, notó la fuerte identidad institucional y el orgullo por la formación que ofrecen. "Se sienten el número uno", comenta, valorando la inversión en capacitaciones y el ambiente colaborativo que promueven. Su trabajo principal es dar apoyo en matemáticas a estudiantes, especialmente de los primeros años universitarios, a través del programa PACE, que busca fortalecer las bases educativas de jóvenes en transición de enseñanza media a la universidad.

En la universidad, Andrea halló un equipo humano respetuoso y abierto. Su jefe, que ella describe como "pura vida", junto a sus compañeros, le ayudaron a integrarse, aprendiendo a convivir con sus rasgos personales y aportando un intercambio cultural constante. Ella reconoce que en el ámbito laboral enfrentó barreras lingüísticas y diferencias en términos, pero ha convertido esas dificultades en oportunidades para preguntar y aprender.

Andrea es consciente de los prejuicios inevitables que existen en cualquier sociedad productos de las migraciones. Confiesa que en Chile existen generalizaciones hacia ciertas nacionalidades y que eso también sucede en Costa Rica, con estigmas hacia sus vecinos nicaragüenses. Sin embargo, ella no se toma estos episodios de manera personal y

prefiere enfocarse en construir puentes.

Entre los aspectos más valorados de su labor en la UdeC, destaca las múltiples actividades de integración y capacitación que son parte de la vida universitaria, como celebraciones, talleres y pausas activas. Estas instancias la han ayudado a sentirse parte de una comunidad más amplia, lo que contrasta con trabajos anteriores, donde su contacto con colegas y estudiantes era efímero.

Andrea sueña con continuar su desarrollo académico, graduarse del magíster, publicar investigaciones y eventualmente cursar un doctorado. Su deseo es seguir enseñando y aportar a la formación de nuevas generaciones, mezclando las experiencias y aprendizajes de dos culturas.

Su mensaje a otras personas migrantes que buscan integrarse en la Universidad de Concepción es claro y lleno de calidez: "Disfruten, acepten el clima y vayan mostrándose poco a poco, porque a veces los chilenos pueden ser un poco más serios, pero siempre valoran la autenticidad y el respeto".
La historia de Andrea demuestra que la migración es un proceso de transformación donde lo cultural y profesional se entrelazan para crear nuevas oportunidades y sentidos de pertenencia.

Universidad de
Concepción

LUIS ANTONIO SEMINARIO SALAS

Luis Antonio Seminario Salas, ingeniero en industrias alimentarias de Perú, lleva 23 años trabajando en Chile y a punto de jubilarse, piensa en el legado que dejará en la Facultad de Ingeniería Agrícola de la Universidad de Concepción. Su historia es la de un trayecto que comenzó con un sueño académico y se consolidó en un profundo arraigo personal y profesional.

El primer motivo que lo trajo a Chile fue la excelencia del sector agroindustrial, que en Perú era referencial. Por eso vino a especializarse con un magíster en ingeniería química. Al poco tiempo de estar en Chile, pese a que la adaptación no fue sencilla, encontró que el país le gustaba y comenzó a integrarse. La relación personal fue clave: conoció a su esposa chilena y con ello cimentó su decisión de quedarse. La oportunidad laboral en una pesquera en Talcahuano y luego el concurso para la Universidad de Concepción abrieron paso a su larga carrera universitaria.

El contexto al inicio era muy distinto: la cultura chilena se mostraba más cerrada en comparación con la suya. También el idioma, con términos y modismos propios, dificultaba la comunicación. La sensación de partir de cero —aún siendo profesional con experiencia— y administrar un estipendio limitado fueron experiencias duras que Luis recuerda con respeto. Sin embargo, el proceso de adaptación fue acompañándose de aprendizajes, apoyos, y la construcción de una familia.

Luis resalta la influencia cultural y gastronómica peruana que ha podido aportar. Destaca que el éxito culinario de Perú ha llegado a Chile y lo refleja en su entorno laboral y doméstico, compartiendo platos tradicionales que han sido bien recibidos. Este intercambio cultural es parte del enriquecimiento que la migración puede ofrecer.

Su experiencia en la Universidad de Concepción se ha desplegado en los tres campus: Concepción, Los Ángeles y Chillán. En cada uno encontró realidades y desafíos diferentes, desde lo enorme que es el campus Concepción, lo pequeño y familiar que es el campus Los Ángeles, hasta la mayor independencia y cercanía al campus Chillán. Esta experiencia múltiple enriqueció su perspectiva y permitió un crecimiento personal y profesional más integral.

Los inicios laborales no fueron floridos para Luis. El recelo hacia un migrante que ingresaba al campus Los Ángeles era palpable y la competencia profesional exigía romper barreras. Con el tiempo y esfuerzo, esas resistencias se disolvieron, y llegó a

desempeñar cargos como vicedecano y secretario sindical, consolidando su compromiso con la universidad.

Desde su mirada, la universidad es un espacio multicultural, acogedor y lleno de oportunidades para el desarrollo humano y académico. Más que un lugar de trabajo es comunidad, plataforma que permite no solo a migrantes sino a todos crecer y contribuir.

Una anécdota que ilustra su historia es cómo el deseo y la perseverancia abren caminos. Luis anhelaba dictar clases en el campus Chillán y el destino lo llevó a vivir y trabajar allí. Este símbolo personal es también el reflejo de su filosofía: cada paso dado con esperanza puede transformar una vida.

Hoy, con su familia formada y su hija estudiando en la UdeC, Luis entiende que esta universidad es mucho más que un empleador: es una forma de vida, una casa que acompañó su migración y a la que le ha aportado con pasión y dedicación. Su historia aporta una mirada profunda sobre el valor de la migración, el compromiso, y la construcción de raíces en tierras extranjeras.

CAMILO
CUERVO
MESON # 3

ANDRÉS RAMÍREZ MADRID

Andrés Ramírez Madrid, colombiano y docente de la Facultad de Ingeniería, lleva diez años y medio en Chile, el mismo tiempo que lleva en la Universidad de Concepción. Llegó en 2015 para hacer su doctorado, etapa que marcó un antes y un después en su vida profesional y personal, pues la oportunidad se convirtió en un anclaje que lo consolidó como académico en la universidad.

Su llegada a Concepción fue tranquila gracias al apoyo de conocidos y compatriotas que le facilitaron la adaptación inicial. Mientras muchos migrantes enfrentan la incertidumbre de perderse ante un entorno desconocido, Andrés encontró una red solidaria que lo acompañó desde el aterrizaje. “Me fueron a buscar al aeropuerto, no me dejaron solo ni un minuto”, recuerda con gratitud. Este respaldo fue fundamental en esos primeros días, donde además tuvo contacto con otros compatriotas.

Adaptarse a la cultura chilena no estuvo exento de desafíos. Aprender a entender ciertas expresiones y costumbres fue un proceso gradual y en ocasiones confuso. Sin embargo, su carácter sociable y abierto le permitió superar estas barreras y establecer conexiones sólidas en el entorno laboral.

Antes de dedicarse a la docencia, Andrés trabajó varios años en diferentes industrias, incluida la minería, donde se involucró en temas de control y evaluación de obras. Sin embargo, se abrió la posibilidad participar en investigación en dónde abordó temas relevantes como la contaminación por mercurio en zonas de minería artesanal, un problema ambiental y social crucial en su país natal. Fue esta experiencia la que alimentó el deseo de seguir formándose académicamente lo que lo llevó a la Universidad de Concepción.

Andrés aprecia profundamente la multiculturalidad que existe en la Universidad de Concepción, donde convive con docentes de diversas nacionalidades y orígenes culturales. Esta diversidad le ha enriquecido, entendiendo que cada cultura tiene su lógica propia que hay que respetar y adaptar para lograr una interacción armoniosa.

En el plano personal, destaca la importancia de la cercanía y el respeto mutuo en el hacer diario. Le gusta mantener una relación cálida con todos, desde auxiliares hasta estudiantes, buscando siempre humanizar el entorno laboral. Para él, estos lazos son la base para un buen clima de trabajo y una experiencia migrante positiva.

En cuanto a los desafíos de ser migrante en Chile, Andrés aconseja comprender bien la burocracia y los procesos administrativos antes de llegar, para evitar contratiempos y frustraciones. Reconoce que el camino no es fácil ni igual para todos, pero anima a tener paciencia y apertura para aprovechar las oportunidades.

Además de su trabajo académico, Andrés disfruta del territorio chileno y señala que “el paisaje físicamente es una locura”. Le fascina la diversidad natural que ofrece el país, la nieve, el frio, desde la costa hasta la cordillera, el desierto florido y las termas del sur. Siente que este contacto con la naturaleza es otro atractivo que Chile brinda a quienes deciden hacer de este país su hogar.

Su visión respecto de la migración es que cada persona migrante aporta al entramado social y profesional desde su rol, ya sea enseñando, investigando o realizando trabajos básicos, y todas esas contribuciones son valiosas para construir una sociedad más sustentable y rica en diversidad.

Andrés Ramírez, un migrante que llegó al país con objetivos académicos y que, desde siempre, con su alegría y cercanía, supo tejer redes humanas, entender y respetar una nueva cultura, y convertirse en un pilar dentro de la Universidad de Concepción, aportando conocimiento y humanidad en cada paso de su camino.

CHRISTELLE PIERRE

Christelle Pierre, una francesa que lleva 14 años en Chile, ha encontrado en la Universidad de Concepción un lugar de trabajo, pero lo más importante un hogar profesional y cultural. Actualmente, coordina la internacionalización en la Dirección de Relaciones Internacionales, un rol que combina su experiencia internacional con el desafío de enlazar globalmente a la universidad.

Su primer contacto con Chile fue como estudiante, desempeñando prácticas en CEPAL, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, organismo de la ONU que siempre la fascinó. Luego, llegó a la Universidad de Concepción para dar clases de electivos en ciencia política e incluso en la carrera de traducción, demostrando desde un inicio su versatilidad y adaptación al contexto local.

Christelle ya había vivido en otros países de Latinoamérica, como Cuba y Argentina, por lo que la cultura latina no le resultaba ajena. Sin embargo, valoró especialmente la calidez chilena, menos exuberante que en otras regiones, pero cercana y gentil, algo que la hizo sentirse cómoda y acogida. No recuerda choques culturales mayores, salvo detalles anecdóticos como el peculiar gusto local por los “porotos con riendas”, que aún le cuesta aceptar.

Lo que más le impacta de Chile es la naturaleza: desde el imponente paisaje de Torres del Paine en la Patagonia hasta el desierto en el norte, que considera una fortuna única. Esa conexión con el entorno natural es para ella un privilegio que acentuó su apego al país.

Aunque no se considera chilena plenamente —reconoce diferencias como el idioma y cómo es percibida socialmente—, siente que su identidad se ha ido entrelazando con la cultura local. Los dichos chilenos le fascinan y disfruta del humor rápido y cercano que caracteriza a la gente.

Laboralmente, destaca la acogida y diversidad dentro de la Universidad de Concepción. Reconoce un ambiente colaborativo, abierto al debate y con la suficiente flexibilidad para avanzar en conjunto. Su rol como coordinadora de internacionalización la coloca en una posición estratégica para fomentar la presencia global de la institución, articulando oportunidades para distintos departamentos y promoviendo la internacionalización de la educación superior.

Su aporte cultural se traduce también en aspectos cotidianos y cálidos, como compartir la gastronomía

francesa, desde el croissant hasta el Pain au chocolat, que ha utilizado para crear encuentros de amigos y estrechar vínculos con colegas chilenos, fortaleciendo así la integración profesional y humana.

Sobre la importancia de la migración para la universidad y Chile, nos dice: la diversidad cultural enriquece la academia, abre nuevas miradas, cuestiona paradigmas y fortalece la capacidad educativa. Cree que, aunque Chile históricamente ha tenido poca apertura, hoy vive una época de cambio y expansión hacia lo global, donde la mezcla cultural aporta dinamismo y aprendizaje mutuo.

Su experiencia internacional le ha brindado herramientas para ofrecer una visión diversa y complementaria, aceptando con humildad sus vivencias y aprendiendo a integrar su experiencia con la realidad chilena, en un constante diálogo intercultural.

Finalmente, envía un mensaje a los migrantes que llegan a la Universidad de Concepción: existe un apoyo genuino y voluntad de acogerlos, con recursos y procesos diseñados para facilitar su integración. Destaca la importancia de abrirse al entorno, compartir la cultura propia y sorprenderse con lo que la nueva tierra puede ofrecer.

JACKELINE CURIEL LAGUNA

La migración venezolana a Chile es una historia de desafíos y esperanza, vivida en primera persona por Jackeline Coromoto Curiel Laguna, quien encontró en la Universidad de Concepción un lugar para trabajar y un entorno laboral que la acogió cuando más lo necesitaba.

Jackeline tomó la decisión de migrar motivada principalmente por la difícil situación de Venezuela y el bienestar de su familia. El deterioro del país la impulsó a buscar junto a su familia un destino seguro y con mejores oportunidades. En su travesía, tras pasar más de año en Perú, decidieron continuar hacia Chile, atraídos por el testimonio de amigos y la reputación de Concepción como una ciudad amable y acogedora.

El ingreso a la Universidad de Concepción no fue inmediato ni fácil. Jackeline recuerda que llegó a la UdeC hace dos años, motivada por una vacante que encontró gracias a personas que le informaron sobre la oportunidad. Aunque enfrentó incertidumbre y una licencia médica durante el proceso, no desistió. Su sinceridad y perseverancia le permitieron comenzar a trabajar en octubre de 2023, en la Fiscalía de Género de Contraloría Universitaria, donde desempeña un rol fundamental como ministra de fe, acompañando en procesos de denuncias que son derivados desde la Dirección de Equidad de Género y Diversidad Sexual.

La adaptación cultural y laboral ha sido un proceso desafiante que aún continúa. Sin embargo, la calidez y el trato respetuoso de sus compañeros y la comunidad universitaria han sido clave para que se sienta acogida y valorada. Este ambiente la ha hecho olvidar las experiencias negativas previas, marcadas por discriminación en otros trabajos, y le ha ofrecido un espacio donde su nacionalidad no es un obstáculo sino una parte más de su identidad.

Los primeros días en la universidad quedaron grabados en su memoria como una experiencia grata, donde la colaboración y el apoyo de sus colegas la hicieron sentir parte de una familia extendida. Este respaldo ha sido para ella un punto de inflexión, humanizando su experiencia migrante y permitiéndole recuperar la confianza.

En este contexto, la diversidad cultural en la Universidad de Concepción se vive y respeta, especialmente en Contraloría que vela por un ambiente inclusivo. Jackeline resalta que, a diferencia de otros lugares, en Concepción no ha sentido el rechazo habitual que enfrentan muchos migrantes, sino más bien un respeto genuino y una integración real.

Mirando hacia el futuro, Jackeline reflexiona sobre el retorno a sus tierras, al cierre de su ciclo migrante, una decisión familiar que, aunque incierta, apunta hacia la esperanza y el bienestar. Su experiencia es un testimonio vivo que desafía los prejuicios contra la comunidad venezolana y enfatiza que la mayoría busca oportunidades para construir, aportar y vivir en dignidad.

Con una voz que trasciende el sufrimiento y la discriminación, Jackeline Curiel reflexiona sobra la migración y nos dice: los migrantes son parte fundamental de la sociedad que los acoge, y cuando esa sociedad abre sus brazos con humanidad y respeto, se construyen futuros compartidos llenos de posibilidades y sueños cumplidos.

JOAN RAMOS TOLEDANO

Joan Ramos Toledano, español de 36 años, llegó a Chile con una historia de vaivenes y decisiones valientes que hablan de la migración desde la pasión por la investigación y la conexión con el territorio. Su primer contacto con Chile fue en 2017 durante un corto proyecto, pero su vínculo real empezó en 2019 cuando trabajó cuatro años en la Universidad de La Frontera en Temuco. El 2023 lo llevó de regreso a España, pero su corazón ya pertenecía al sur chileno, lo que lo impulsó a volver a Chile, esta vez a la Universidad de Concepción, donde es profesor asociado desde julio de este año en el departamento de Administración Pública.

Para Joan, el sur de Chile representa más que un lugar geográfico; es un espacio cultural y político ligado al Wallmapu, la tierra mapuche con sus propias luchas y significados. Esta dimensión fue determinante en su decisión, al querer hacer una investigación comprometida con un colectivo históricamente discriminado. Además, se enamoró del paisaje, la lluvia, el frío y la naturaleza: ese sentido de aislamiento y contacto genuino con el entorno que para él es un tesoro.

Llegar a Concepción fue una experiencia marcada por la adversidad: a los pocos días sufrió una grave caída que le causó luxaciones y fracturas, obligándolo a un mes de licencia con bastón. A pesar de este inicio duro, Joan resalta la calidez humana del departamento y la universidad, donde encontró apoyo y comprensión, así como un ambiente interdisciplinario que se adapta bien a su perfil de filosofía política y derecho.

El idioma chileno supuso un gran desafío. Joan tuvo que descifrar modismos y expresiones locales muy distintas y abundantes. Comenta con humor que sentirse extranjero era permanente y que solo al comenzar a hablar el español chileno con sus particulares modismos se sentía incluido. Para él, ese aprendizaje no solo fue lingüístico, sino cultural, ayudándole a comprender mejor la riqueza y diversidad del español en América Latina, y a abandonar un eurocentrismo previo.

Su experiencia en el sur de Chile, especialmente en Temuco y Concepción, contrasta con clichés negativos, pues encontró generosidad, hospitalidad y una comunidad que lo acogió con los brazos abiertos. Apunta que estas cualidades humanas destacan incluso en regiones donde hay dificultades económicas. Además, valora la solidaridad local, el fuerte sentido de comunidad presente en eventos sociales y un respeto genuino hacia la naturaleza y el espacio urbano.

Desde la academia, Joan reflexiona sobre la

importancia de la migración no solo como fenómeno social, sino como riqueza para la universidad. Destaca que desde ese rol le permite aportar una mirada crítica y a la vez enriquecedora, que dialoga con las experiencias y realidades del sur global. Considera que esa diversidad cultural y epistemológica es fundamental para entender mejor la sociedad chilena y sus desafíos.

Sus sueños y proyectos futuros están centrados en seguir trabajando con paz, creciendo profesionalmente y aportando a una universidad comprometida con la sociedad y el país. Siente que la investigación debe tener impacto social, especialmente denunciando desigualdades estructurales que aún persisten en Chile, un país rico, pero profundamente desigual. En su visión, la universidad debe ser un espacio activo que no solo analice, sino que transforme y mejore la vida de su entorno.

Joan Ramos Toledano es la imagen de un migrante que, desde la filosofía y la investigación social, construye puentes entre culturas y realidades. Su mirada crítica y apasionada pone en valor lo diverso, lo local y lo global, recordándonos la riqueza que aporta la migración intelectual y humana para el desarrollo de las comunidades y el conocimiento.

GIMNASIO D
EMPIRE

LOUNEDENS GEMINIS DARIUS

La historia de Lounedens Geminis Darius, migrante haitiana en Chile, refleja las complejidades y esperanzas del trabajo migrante desde una perspectiva íntima y llena de realidad. Con 41 años, y ocho vividos en Chile, lleva dos años y medio trabajando en la Universidad de Concepción, un espacio que describe como respetuoso y genuinamente acogedor.

El viaje de Lounedens hacia Chile inició por la beca de estudios que su esposo en una universidad chilena, lo que motivó a la familia a emigrar desde Haití. La situación política deteriorada en su país de origen hizo que la vuelta fuera inviable, y así quedó instalada en Santiago por breves días antes de trasladarse a Concepción. Esta transición, aunque llena de oportunidades, estuvo marcada por dificultades propias de la migración: el idioma y el clima.

El español que se habla en Chile fue un reto mayor para Lounedens, pues difiere del que aprendió en Haití. Esta barrera lingüística aún persiste, aunque ha logrado comunicarse y desempeñarse en su actual empleo como auxiliar en la Unidad de Deportes de la Dirección de Servicios Estudiantiles. Antes de esta etapa, su primer trabajo en Chile fue como cuidadora de adultos mayores y luego auxiliar en otra empresa, lo que muestra su esfuerzo constante por construir un camino laboral estable.

Las diferencias culturales entre Haití y Chile son notorias para ella: desde la gastronomía hasta la mentalidad, pasando por el cambio climático que la obliga a adaptarse al frío, la lluvia y el viento después de años acostumbrada al calor tropical. Sin embargo, destaca con gratitud la buena convivencia con sus compañeros de trabajo, quienes la tratan con respeto y sin prejuicios. Este buen trato laboral es una luz en su experiencia migrante, pues contribuye a un ambiente donde puede sentirse segura y valorada.

Una curiosa muestra de intercambio cultural ocurre en su entorno laboral, donde sus compañeros han empezado a apreciar la música alegre haitiana, como el kompa, junto a ritmos latinoamericanos como la salsa y la bachata.

El mayor anhelo de Lounedens sigue siendo volver a ejercer su profesión de enfermera, truncada por la no convalidación de sus papeles profesionales haitianos en Chile. Este obstáculo común en las historias migrantes la frustra, pero no apaga su deseo de superación.

Finalmente, su mensaje a otros migrantes que sueñan con trabajar en la Universidad de Concepción es esperanzador y pragmático: recomienda

aprovechar las oportunidades, mantener la actitud positiva y evitar los conflictos. Resalta que la UdeC brinda un buen ambiente laboral y que la experiencia puede ser enriquecedora, si se trabaja con respeto y perseverancia.

La experiencia de Lounedens Geminis Darius muestra que, pese a las dificultades, trabajar en Chile como migrante puede ser un camino de integración y aprendizaje, donde la dignidad y el respeto mutuo abren puertas para construir nuevas vidas lejos de la tierra natal.

Alcohol
al 70%

MARELY CUBA DÍAZ

Marely Cuba Díaz, profesora titular en la Universidad de Concepción del campus Los Ángeles, lleva 27 años viviendo en Chile, casi la mitad de su vida. Su viaje migratorio comenzó sin la intención de quedarse, pero con el tiempo su relación con Chile se profundizó hasta convertirse en su hogar.

El motivo principal que la llevó a Chile fue un proyecto de investigación que le permitió hacer su doctorado en el país. Pese a planear regresar a Cuba, complicaciones y nuevas oportunidades la hicieron decidir quedarse en Chile casi por obligación. Luego de terminar su doctorado, trabajó en distintos lugares hasta ganar un concurso para ingresar a la universidad, a la que ha dedicado 18 años de su vida profesional.

Lo que más le costó en su proceso migratorio fue la distancia de la familia, una nostalgia que aún persiste tras casi tres décadas. Llegó soltera y sola, y fue en Chile donde formó una nueva familia junto a su esposo chileno, con quien tuvo dos hijos, ahora parte de esa identidad bicultural.

En el ámbito de su entorno laboral en el campus Los Ángeles, destaca la cercanía y trato casi familiar entre colegas de un campus pequeño, donde se siente apoyada pese a las limitaciones para la investigación. Señala que la carga docente es mayor que en otros campus, pero la solidaridad y el respaldo mutuo compensan estas dificultades.

Comparando con su experiencia en Cuba, Marely resalta las diferencias culturales e idiosincráticas, pero su capacidad de adaptación le ha permitido mantener su esencia cubana sin intentar imponerla en su nuevo hogar. Se define como una persona directa y franca, lo que a veces genera malentendidos, pero considera que el conocimiento mutuo y la convivencia ayudan a superar esas barreras. En ese sentido, para equilibrar las demandas del trabajo académico, Marely cultiva tradiciones cubanas en su vida diaria: baila, canta, cocina y disfruta la música como fuente de alegría y estabilidad emocional. Esta expresión cultural la conecta con sus raíces y le permite manejar el estrés inherente a la docencia e investigación.

De la idiosincrasia chilena destaca la lealtad en las amistades y la solidaridad genuina que se manifiesta en los vínculos que ha construido durante su trayectoria. Aconseja a los migrantes que lleguen a Chile que adapten su actitud, respeten los modos locales y mantengan su esencia, porque la resiliencia y la apertura son claves para integrarse y prosperar.

A pesar de gozar de buena aceptación, ha percibido episodios de discriminación, especialmente relacionados con trámites legales y documentación, algo que atribuye al fenómeno actual de migraciones masivas en Chile.

Respecto a la migración y desde su disciplina - la biología -, Marely cree la diversidad genética es importante, por lo tanto, la migración lo es, en su valor cuando es controlada, ya que aporta diversidad y enriquecimiento cultural y científico. Su trabajo en ciencia antártica se ha beneficiado del aporte de investigadores extranjeros, reflejando la importancia de la colaboración internacional.

Sus metas son realistas y centradas en el presente: quiere seguir formando jóvenes, colaborar en investigación y disfrutar cada pequeño logro con humildad. Aunque soñaría con volver a cultivar el terreno familiar en Cuba, reconoce que su vida está en Chile y que el secreto está en disfrutar los pasos del camino.

Marely Díaz es testimonio de que la migración, aunque llena de desafíos emocionales y culturales, puede ser una experiencia de aprendizaje, integración y enriquecimiento vital que contribuye tanto al desarrollo personal como al de la comunidad universitaria chilena.

MATTHEW CAULKINS

Matthew Caulkins, un arquitecto de 50 años oriundo de Estados Unidos lleva más de 26 años en Chile, más de la mitad de su vida, y desde 2020 forma parte del Departamento de Urbanismo de Facultad de Arquitectura, Urbanismo y Geografía de la Universidad de Concepción. Su llegada a Chile no fue motivada por oportunidades laborales formales, sino por el amor de juventud y el destino, un viaje que se transformó en una nueva vida llena de aprendizaje, adaptación e integración.

Nacido en Estados Unidos, Matthew creció en Brasil desde pequeño, donde hizo toda su formación educativa. Fue allí, en una escuela de verano universitaria, donde conoció a una estudiante chilena que conquistó su corazón. Así, sin planes claros, llegó a Chile inicialmente para estar cerca de la joven. Sus primeros pasos laborales fueron sencillos: por su lengua natal dictó clases de inglés en un instituto en Santiago, sin necesidad de revalidar títulos, simplemente para tener un ingreso y un lugar donde quedarse. Con el tiempo, las amistades se consolidaron y su arraigo creció hasta que la idea de regresar a su país dejó de tener sentido.

“Me fui sintiendo cómodo”, recuerda con una sonrisa. Lo que encontró en Chile fue tranquilidad y una atmósfera pequeña en comparación con el Brasil de su infancia. A Matthew le gusta la sencillez de Chile y la manera “hobbit” de ser de sus habitantes, admirando su apego a la vida familiar, sus costumbres y las cosas cotidianas que se combinan con grandes logros a nivel país.

Su incorporación a la Universidad de Concepción fue un proceso gradual y marcado por la multiculturalidad, pues su esposa es coreana. Tras un paso por Australia para hacer doctorado, Matthew retornó y logró integrarse en la docencia e investigación en la Universidad de Concepción, participando en proyectos vinculados a la planificación urbana y el reconocimiento de pueblos indígenas, un campo pionero en su trayectoria.

Su trabajo ha permitido introducir ideas y perspectivas internacionales sobre urbanismo y patrimonio indígena, contribuyendo a investigaciones, traducciones y debates universitarios. Destaca cómo este aporte académico busca alimentar discusiones políticas y sociales sobre territorio y propiedad, temas complejos y poco abordados en Chile hasta hace poco tiempo.

Para Matthew, vivir y trabajar en la Universidad de Concepción ofrece un estilo de vida más humano y apacible que el bullicio de la capital. Valora poder

caminar al trabajo por un campus rodeado de jardines y parques, que le devuelve cada día esa sensación de estar “en casa” y lo aleja del estrés de las grandes ciudades. Recuerda aún la primera impresión que tuvo de este campus, idealizándolo durante años como un oasis verde que por fin pudo confirmar en persona.

En cuanto a su experiencia como migrante, Matthew reconoce que siempre ha tenido la sensación de discriminación positiva, de recibir oportunidades por su perfil foráneo, ha encontrado mayormente hospitalidad y apertura. También reflexiona sobre la complejidad de su familia multicultural, que enriquece su visión y aporta a su integración en Chile.

Matthew Caulkins un migrante cuya historia particular se escribe entre encuentros inesperados, adaptación constante y una profunda conexión con un país que terminó convirtiéndose en su hogar. Su experiencia demuestra que la migración puede ser un camino que une culturas, crea saberes y construye nuevos horizontes de vida y conocimiento, logrando que la docencia que él práctica como trabajador se nutra de voces y perspectivas diversas, como la suya.

JOSÉ FRANCISCO SALAZAR VILLARREAL

José Francisco Salazar Villarreal llegó a Chile en 2017 motivado por la difícil situación en Venezuela, buscando mejores oportunidades y estabilidad para su desarrollo profesional. Ingeniero electricista especializado en control y automatización, decidió migrar tras evaluar varios países, concluyendo que Chile ofrecía las mejores posibilidades tanto en lo laboral como en lo migratorio.

Su llegada no fue directa a la Universidad de Concepción, sino a Colbún, un pequeño pueblo donde amigos le brindaron apoyo y ayuda para sus primeros pasos. Allí trabajó en una constructora realizando tareas variadas, desde pintura hasta electricidad; su perfil profesional se ajustaba perfectamente a ese trabajo. Sin embargo, anhelaba una vida en la ciudad, por lo que comenzó a buscar oportunidades en Concepción. Así consiguió un puesto en el proyecto CETMA —Centro de Extensionismo Tecnológico en Manufacturas— en la Universidad de Concepción, que fue uno de sus momentos más felices por el descubrimiento de la universidad y sus espacios.

Desde CETMA, José Francisco conectó con productores locales de productos cárnicos ahumados en Curanilahue y colaboró en la mejora de sus procesos y automatización. Gracias a esta labor y al vínculo con un experto en productos cárnicos, logró organizar un curso para fortalecer a estas pequeñas empresas, un ejemplo claro de impacto directo en la comunidad. Posteriormente, participó y ganó un concurso para integrarse como laboratorista en la universidad, en la facultad de ingeniería agrícola en el campus Chillán, cargo que desempeña desde 2022.

El paso a la vida universitaria marcó un nuevo inicio en la carrera de José Francisco. Ahora puede aplicar sus conocimientos técnicos en control y automatización, habilidades que en Venezuela no pudo desarrollar plenamente. La experiencia de aprender cómo funcionan y se programan los equipos productivos para la industria alimentaria ha sido enriquecedora y llena de desafíos que asume con entusiasmo.

La interacción cultural ha sido clave en su integración. Pese a compartir lengua hispana, reconoce diferencias regionales que le exigieron adaptación y "traducción" constante para comprender y hacerse entender. Sin embargo, ha logrado crear sinergias con colegas y transmitir con éxito su experiencia. Este intercambio, junto con su apertura y disciplina, le han permitido superar prejuicios y consolidar su rol en la comunidad laboral.

José Francisco valora profundamente la cultura chilena y su idiosincrasia, especialmente las celebraciones de fiestas patrias y la gastronomía. Aprendió a disfrutar de las sopaipillas, churrascas y la marraqueta, encontrando en ellas un símbolo de pertenencia. Se confiesa enamorado de Chile y de sus paisajes, con la convicción de que su futuro está aquí.

Su consejo para otros migrantes se resume en la perseverancia y apertura. Destaca que la Universidad de Concepción ofrece un espacio justo, enfocado en la capacidad y el conocimiento, sin importar origen ni nacionalidad. La clave está en mostrar vocación y constancia para lograr la adaptación y el éxito profesional.

Finalmente, celebra iniciativas que visibilizan el aporte migrante como positivas y necesarias, pues humanizan estadísticas y resaltan el valor de quienes, como él, contribuyen con su trabajo y profesionalismo al desarrollo del país. José Francisco mantiene la convicción de que los migrantes buenos son mayoría y que con dedicación pueden construir futuros sólidos y compartir su talento en Chile.

AUDITORIO

TATIANA BUSTAMANTE BETANCUR

Tatiana María Bustamante Betancur, colombiana de 33 años y de profesión Química, ha forjado una historia de esfuerzo y pasión en Chile desde que llegó en 2016 para realizar su doctorado en la Universidad de Concepción. Tras cuatro años de formación, un regreso temporal a Colombia y una invitación para participar en una feria de egresados UdeC, Tatiana retomó su vida académica en Chile en 2023, integrándose como Docente en el Departamento de Ingeniería Química de la facultad de Ingeniería.

Su motivación inicial para elegir Chile se basó en el prestigio académico y la fortaleza investigativa del país a nivel Latinoamericano, especialmente en su área de interés: la catálisis heterogénea. Consideró también otras opciones como España y Argentina, pero la Universidad de Concepción sobresalía por contar con uno de los grupos de investigación más grandes en su campo, lo que le asegura una beca de manutención y la posibilidad de realizar su doctorado en un entorno adecuado.

Desde su llegada, Tatiana quedó impactada por la belleza del campus universitario, quien lo ubica entre sus favoritos. Esta conexión temprana con el espacio abrió una puerta hacia el sueño de poder trabajar allí algún día, sueño que ahora cumple con orgullo.

La adaptación cultural fue una experiencia de contrastes y aprendizajes. Pese a compartir el idioma, las diferencias en el vocabulario chileno le generaron inesperadas confusiones y anécdotas, como descubrir que una “guagua” no es una denominación a un animal como ocurre en Colombia. El clima también fue un desafío: después de años en Medellín, una ciudad tropical, el invierno chileno le demandó esfuerzo extra para afrontar la soledad, enfermedades y la lluvia implacable que impide mantener un paraguas en buen estado.

Sin embargo, Tatiana destaca la amabilidad y el respeto que encontró entre las y los chilenos en su entorno UdeC, donde se ha sentido acogida. Reconoce que la vida migrante puede ser difícil, en especial la soledad y sugiere como consejo a otros migrantes la necesidad de armar un botiquín básico para sobrellevar momentos de enfermedad fuera del hogar.

En el ámbito laboral, combinar docencia, investigación y vinculación con el medio ha sido lo más retador para ella. La autoexigencia y el deseo de estar a la altura del prestigio universitario la impulsan a dar lo mejor, pese a la presión que ella misma se impone. La seguridad laboral que ofrece la

universidad ha sido fundamental para su tranquilidad y desempeño, un lujo que valora profundamente.

Tatiana reconoce que el ambiente en su departamento es un espacio de colaboración y respeto mutuo, donde siempre puede encontrar apoyo. En cuanto a su aporte cultural, resalta el espíritu trabajador propio de su país y la riqueza que aporta la interculturalidad en un contexto universitario que recibe a migrantes de múltiples nacionalidades.

Entre sus proyectos futuros está profundizar en el estudio de técnicas avanzadas de análisis de nanomateriales, con especial interés en el uso de sincrotrones, aceleradores de partículas que Chile aún no posee. Su propósito es traer ese conocimiento a la universidad mediante cursos innovadores, fortaleciendo vínculos internacionales para avanzar en esa meta.

Tatiana disfruta también del campus como un refugio natural y un privilegio cotidiano. Sostener la vista hacia el campanil y la laguna de los patos mientras ve cambiar las estaciones, desde el rojo intenso del otoño hasta el renacer primaveral, le regala un espacio de inspiración y serenidad que celebra a diario.

Tatiana Bustamante Betancur una migrante que con mucha responsabilidad transforma desafíos en oportunidades, abrazando con pasión la academia y la vida en Chile, y tejiendo entre ambos países un puente de conocimiento, cultura y sueños cumplidos.

ZENEIDA WONG CHANG

Zeneida Wong Chang, investigadora ecuatoriana del Centro Interdisciplinario para la Investigación Acuícola (INCAR - UdeC), lleva casi 12 años en Chile. Una mujer que, motivada por el deseo de especializarse en oceanografía, decidió dar un salto hacia lo desconocido, encontrando en Concepción un hogar científico y una nueva forma de vida.

Llegó en 2013, tras un primer acercamiento en la Escuela de Verano de la Universidad de Concepción, donde se enamoró del ambiente académico y la cercanía con los profesores. La oportunidad de postular a un posgrado la convenció a dejar su tierra natal, Guayaquil, y asumir los desafíos de un clima frío y un entorno cultural distinto. Aunque sabía que el frío sería un reto, nada pudo prepararla para la nostalgia y la soledad de estar lejos de su familia, sentimientos que enfrentó gracias al apoyo valioso de compañeros y un grupo diverso de estudiantes migrantes.

Zeneida recuerda con cariño la imagen de Concepción que la sorprenderá desde sus primeros días: las calles arboladas que contrastaban con la ciudad tropical a la que estaba acostumbrada. También la magnificencia del campus universitario, que recorre una y otra vez, fascinada por sus espacios verdes y arquitectura que invitan al disfrute ya la inspiración.

Su rol actual como investigadora en INCAR nació durante la pandemia. A pesar de las dificultades administrativas vinculadas a su visa de trabajo y la burocracia del sistema migratorio, logró integrarse a un ambiente laboral que califica como ideal, donde existe respeto, colaboración y espacios para compartir más allá de lo estrictamente profesional. Esta red humana le permite sobrellevar la presión de las publicaciones científicas y mantener el equilibrio necesario para avanzar en su carrera.

Una faceta que distingue a Zeneida es su creatividad. Combina la ciencia con el arte, una pasión que le ha servido para canalizar emociones y frustraciones. Además, recientemente sorprendió a la comunidad universitaria al ganar el primer premio en “Solo de Ciencia” Chile 2025, instancia chilena de un certamen de monólogos científicos de origen iberoamericano y promovida por la UdeC. Allí, pudo compartir su trabajo de manera amena, acercando su investigación a públicos más amplios y fortaleciendo la comunicación con su familia en Ecuador, quienes comprendieron mejor su trabajo gracias a esta experiencia.

La ecuatoriana destaca cómo la gastronomía

también forma parte de su aporte cultural, al compartir platos típicos como la cazuela ecuatoriana, cuya recepción ha sido muy positiva entre sus colegas. También participa de actividades artísticas y culturales locales, disfrutando de la oportunidad de aprender, distraerse y revitalizar su mente.

Zeneida admira la forma en que Chile celebra sus tradiciones, en especial las Fiestas Patrias, que para ella son una muestra de unión y sentido comunitario, algo poco común en su país de origen. Por otro lado, reconoce que una de las mayores dificultades sigue siendo el aprendizaje de los modismos y expresiones chilenas, que a veces generan confusiones, pero también aprenden a conquistar con paciencia.

Con planes de quedarse en Chile y seguir desarrollando su carrera de investigadora en oceanografía, Zeneida confía en sentirse en casa, aunque lejos de su familia. Su mensaje para quienes migran a Chile es: dejarse llevar por el entorno, abrirse a la cultura y permitirse crear nuevos vínculos. Así, asegura, se abren las oportunidades más valiosas, la posibilidad de una nueva vida rica en aprendizajes, solidaridad y crecimiento personal.

La experiencia de Zeneida Wong es un testimonio que nos recuerda que la migración es un viaje complejo, lleno de retos emocionales y burocráticos, pero también de descubrimientos, integraciones y enriquecimiento mutuo, donde la ciencia y el arte se entrelazan para construir puentes entre culturas. también de descubrimientos, integraciones y enriquecimiento mutuo, donde la ciencia y el arte se entrelazan para construir puentes entre culturas.

ESMERALDA
DIAMANTE
SECCION CORDILLERA
SECCION
SAN PEDRO

RAMÓN DÍAZ NORIEGA

Ramón Díaz Noriega, asturiano de nacimiento, llegó a Chile en marzo de 2018 con una maleta cargada de experiencias académicas y la curiosidad propia de quien busca crecer en un entorno nuevo. Originario de un pequeño pueblo en el norte de España, este investigador sumó a su vida la compleja tarea de adaptarse a Concepción, una ciudad mucho más grande y bulliciosa que su lugar de origen. Sin embargo, fue la Universidad de Concepción el epicentro que sostuvo su proceso, ofreciéndole un ambiente tranquilo y un equipo de trabajo acogedor.

Ramón comenzó su carrera en España, donde trabajó cerca de nueve años en investigación en la universidad de Oviedo. El vínculo con un colega chileno y la oferta de una plaza en la Universidad de Concepción fueron el impulso para que emprendiera esta nueva travesía. La carrera de Ingeniería Civil en Minas, relativamente joven en la Universidad de Concepción, lo recibió con entusiasmo, y pronto encontró en sus compañeros un entorno laboral y profesional vital para su arraigo.

El choque cultural más significativo para Ramón fue, sin duda, el idioma. Aunque ambos países comparten el español, sus modismos y ritmos son distintos. Proveniente de una región donde se habla bable, una lengua propia de Asturias, tuvo que esforzarse por comprender el chileno y hacerse entender sin perder la esencia de su identidad. Además, el paso de una casa en un pueblo pequeño a un departamento en una ciudad grande le exigió una nueva forma de adaptarse a la cotidianidad.

Una anécdota significativa en su llegada a Chile nos cuenta cómo, sin conocerse previamente, otra asturiana de su pequeño pueblo se encontraba en la misma ciudad chilena y en la misma universidad, reflejando la complejidad y las conexiones inesperadas que genera la migración.

En lo laboral, Ramón valora la estabilidad y el excelente ambiente académico de la Universidad de Concepción. Destaca la calidad de sus colegas, la importancia de la colaboración internacional y el hecho de formar parte de un departamento que se siente como una gran familia. Este entorno le ha permitido aportar su experiencia desde una perspectiva que combina la tradición minera española con la innovación académica chilena.

Sus desafíos como docentes están ligados a la rápida evolución tecnológica y la necesidad de preparar a los estudiantes con herramientas modernas. La sostenibilidad ambiental y la integración de nuevas tecnologías, como la

inteligencia artificial, son ejes centrales en su área. Ramón entiende que el docente debe adaptarse con rapidez para que sus alumnos estén listos para un mundo laboral cambiante y exigente.

Sobre la presencia migrante en la universidad, Ramón subraya el valor de la diversidad. Advierte que la internacionalización enriquece no solo con recursos humanos, sino con distintos puntos de vista, experiencias y conocimientos que fortalecen a la institución. Su experiencia personal es prueba de cómo la migración puede transformar no solo una carrera, sino también aportar al desarrollo de un país desde la academia.

Su historia es la de un migrante que reconoce las dificultades del cambio cultural y del idioma, pero que sabe aprovechar las oportunidades, construir redes y contribuir con su herencia profesional en un contexto que valora la colaboración global. La Universidad de Concepción, con su entorno humano y científico, ha sido para él más que un lugar de trabajo, un verdadero hogar.

MIGRACIÓN Y TRABAJO: ROSTROS QUE INSPIRAN EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN

Agradecimientos a las y los trabajadores de la Universidad de Concepción que participaron de este ejercicio fotográfico:

- Andrea Suárez Gómez
- Andrés David Ramírez Madrid
- Christelle Laure Yvonne Pierre
- Jackeline Coromoto Curiel Laguna
- Joan Ramos Toledano
- José Francisco Salazar Villarroel
- Lounedens Geminens Darius
- Luis Antonio Seminario Salas
- Marely Cuba Díaz
- Matthew Caulkins
- Ramón Díaz Noriega
- Tatiana María Bustamante Betancur
- Zeneida Elizabeth Wong Chang

Universidad de Concepción

MIGRACIONES CHILE

Comité para el Compromiso Migrante UdeC

Produccción: Jose Cid Baeza

Chile ha experimentado un crecimiento sostenido en su población migrante, alcanzando en 2025 cerca del 8,8% del total nacional, con más de 1,6 millones de personas residentes. Esta dinámica migratoria refleja no solo un fenómeno demográfico, sino también un desafío y una oportunidad para construir una sociedad inclusiva y diversa. En respuesta, Chile ha implementado la Política de Compromiso Migrante, cuyo objetivo es promover un país intercultural, inclusivo y libre de discriminación, facilitando la integración de personas migrantes en ámbitos sociales y laborales. En respuesta, el país ha desarrollado una política de compromiso migrante que busca integrar, proteger y valorar a las personas migrantes como parte fundamental del desarrollo nacional. Esta política promueve la inclusión social, el respeto a los derechos y la participación activa en ámbitos laborales y comunitarios.

En la Universidad de Concepción, esta visión se materializa en las experiencias de sus trabajadores migrantes, quienes desde diversos roles —académicos, técnicos, administrativos— aportan con su talento, esfuerzo y diversidad cultural. Sus historias reflejan procesos de adaptación, resiliencia y aporte profesional que enriquecen no solo a la institución, sino también al país. Así, esta comunidad migrante fortalece un entorno inclusivo y plural, contribuyendo al crecimiento científico, educativo y cultural de Chile y demostrando que la migración es un motor vital para la sociedad y la universidad.